

LA NIEVE DE CELAN

Sergio Cueto

Facultad de Humanidades y Artes- UNR

Resumen

En el horizonte de una interrogación por el ser y la experiencia de las cosas, lo que sigue intenta definir el lugar de la poesía de Celan como el lugar de la nieve. La nieve no es ni un tema ni una metáfora sino, precisamente, una *cosa*, es decir, eso *de lo que se trata* en el poema. La poesía de Celan se entenderá, pues, como el trato, tal vez imposible, con la nieve. Si la cosa constituye lo más íntimo, si expone la intimidad misma de alguien, el trato con la cosa es la experiencia única de la intimidad. Por eso la nieve puede ser llamada “la nieve de Celan”, no porque le pertenezca sino porque el nombre de Celan está escrito en la nieve.

Palabras clave: Celan-Cosa-Nieve-Lugar-Escritura

Abstract

From a questioning about the being and the experience of the things, the following work tries to define the place of the poetry of Celan as the place of snow. The snow is not neither a theme nor a metaphor but a *thing*, in other words, that which is the affaire, that which is in the cause in the poem. Then, the poetry of Celan will be considered as the regard, perhaps impossible, to the snow. If the thing is the most intimate, if it exposes the intimacy of someone, then, the regard to the thing is the single experience of intimacy. Therefore, the snow can be called “the snow of Celan”, not because it is his property but because the name of Celan is written in the snow.

Key words: Celan-Thing-Snow-Place-Writing

Schneeort

El lugar de la nieve es el lugar en el que la nieve tiene lugar. La nieve tiene lugar en el poema, en este poema singular. El poema es el lugar de la nieve. Pero el lugar de la nieve es asimismo ese lugar que la nieve es y al que viene a tener lugar el poema de la nieve. El lugar (*Ort*) es el lugar de la mismidad de la nieve y el poema. La nieve y el poema son ahí lo mismo. Se ha dicho que el poema no trata jamás de sí mismo pero es aquello de lo que trata. Por eso la nieve no es ni un tema en el sentido de una proposición exterior a su variación en el poema ni un tropo en el sentido de lo que está en el poema en lugar de otra cosa –el dolor de lo perdido, el blanco de la página. La nieve tiene lugar en el poema, pero en el poema ella misma es el lugar en el que todo, incluso ella misma, tiene lugar. No se puede, en efecto, decir que la palabra nieve está en lugar de la página sobre la que está escrita la palabra nieve sin reconocer que ahí la nieve, la palabra nieve, igual que la palabra página y todas las palabras, está escrita separadamente (*auseinandergeschrieben*). La palabra nieve está en lugar de sí misma, está en lugar de un estar en lugar de, y de ese modo afuera de sí misma y junto a sí en ese afuera. Si es un tropo, la nieve es un tropo absoluto, es decir, una metáfora de nada, o lo que es lo mismo, la tensión metafórica de la literalidad. Ahora bien, esto es absurdo. El poema es el lugar en el que los tropos piden ser llevados y son llevados efectivamente al absurdo. Ese lugar es el que nombra la nieve. La nieve es un nombre, esto es, ni palabra ni cosa, pero la mismidad de ambas.

El poema viene a la nieve liberándole un lugar. Escribir es hacer lugar al lugar y tener lugar ahí. El lugar es lo que se llama el hogar (*Heim*) del poema. El poema viene al hogar desde el destierro, y de ese modo trae el destierro al hogar. El hogar es el hogar del destierro como tal. *In die Fremde der Heimat*, el poema viene. Esa venida es lo que se llama la experiencia del poema. Como toda experiencia, está llena de peligros –el extravío, la dispersión, el hundimiento–, pero como toda experiencia también, ella es la única habitación, la única resistencia del dolor. El

dolor es la condición misma de la experiencia. La experiencia es la estancia (*Stehenheit*) del dolor. El poema trae el dolor a la dura dulzura de la hospitalidad de la nieve. Pero la hospitalidad no constituye el sentido último de la nieve. En la nieve, el poema experimenta el hundimiento silencioso, el candente abrasamiento del sentido. Es ese hundimiento, ese abrasamiento el que el poema tiene entonces que traer a la palabra, llevando la palabra al lugar de la nieve.

Schneefall

La nieve es un lugar. El tener lugar de ese lugar es lo que se llama la nevada –*Schneefall*. La nevada es el venir de la nieve a sí misma, el caer sobre sí de la nieve. La nevada trae el tiempo al lugar, muestra que el lugar es el lugar del tiempo. El lugar cae sobre sí como tiempo. Lo que acaece, es decir, lo que cae ahí, cae en el tiempo (siempre se cae en el tiempo), pero el tiempo mismo cae ahí, o mejor, él es la caída ahí, la caída del ahí. Ahí, ahora, el lugar sostiene la grieta del tiempo. El lugar está él mismo, en sí mismo hendido temporalmente, y sólo por eso en relación consigo. Esa relación es lo que se llama la intimidad. La intimidad es el recogimiento de una exposición. La mutua exposición, la caída mutua del lugar y el tiempo, tal que el tiempo es la instancia del lugar, lo que se llama *jetzt*, ahora, y el lugar la estancia del tiempo, lo que se llama *da*, ahí, constituye la definición misma de la intimidad de la nieve.

La nieve cae ahora, ahí, y sin embargo desde lejos. Ella viene desde esa vasta lejanía (*weithin*) que temporalmente se llama el futuro. Por eso la más futura lejanía viene con ella ahí. La nevada no es algo todavía por venir sino la caída del futuro ahora, la instancia del futuro. Pero cayendo así desde el futuro, la nieve cae como lo pasado. Ahora, se dice, nieva como ayer –*wie gestern*. Ello no significa que el pasado continúe en el presente, que el presente siga siendo igual que el pasado, sino que el pasado cae todavía ahora como aquello que no termina de pasar, como

lo que habiendo pasado desde siempre resta por pasar todavía. Ayer cae siempre hoy. Hoy (*heute*) señala el lugar y el tiempo de la nevada. Por eso es un jalón (*Pflock*), un signo en la vastedad de la nieve. Y si él mismo parece no olvidar que es nada más que un copo (*Flocke*), un copo más en la nevada innumerable, es en todo caso un copo señalado, convertido en señal por la caída, ahí, de ayer. Ayer y hoy caen en el mismo lugar –por ejemplo, ‘el 20 de enero’. La caída hace de hoy una fecha. La fecha constituye una cesura, una suspensión o una interrupción del calendario (*Kalenderlücke*), un vacío en el calendario que el calendario no puede contener. Es el lugar de la nieve. Es ahí que nieva y sobrenieva. Ahí cae la nieve. La nieve cae hoy como ayer. La fecha significa que ayer cae hoy, pero precisamente porque hoy no es más que la caída de ayer. Hoy no vuelve al ayer, pero si ayer vuelve hoy es porque hoy ha pasado a ser el lugar de la vuelta del tiempo, la vuelta misma del tiempo. Esa vuelta (*Kehre*) es el movimiento del recuerdo, ella es el recuerdo.

El recuerdo (*Andenken*) puede ser definido como el retorno al hogar (*Heimkehr*) del pensamiento. La nevada viene desde el más lejano hogar, por eso trae el recuerdo, lleva con el recuerdo. Recordar es volver al hogar, es decir al ayer, y de ese modo devolver, hoy, el ayer a sí mismo, a lo de sí, a su hogar. Sólo aquél que está lejos, desterrado, extrañado y olvidado en la lejanía puede *vol*ver al hogar. Es su abandono, el olvido en él el que recuerda. Y aquello, lo único que él recuerda, no puede ser otra cosa que lo lejano, lo perdido, lo olvidado. Por eso todo recuerdo es doloroso. Con el recuerdo lo olvidado vuelve a su hogar. El hogar de lo olvidado es el olvido –*Heimgeführt ins Vergessen*, se dice de lo que se recuerda. Recordar es conducir lo perdido a su hogar, que es el olvido. Sólo así lo perdido no está perdido. Recordar no es hacer presente lo pasado, recuperar lo perdido para el presente. En tal caso lo perdido dejaría de ser lo que es, el recuerdo sería la perdición (*Verderben*) de lo perdido. Lo perdido no está perdido sólo si no es lo recuperado sino tan sólo lo imperdido –*Verloren war Unverloren*. Lo imperdido es lo que no se puede perder, pero sólo se puede ganar como pérdida. Es lo que se llama lo irrepitible (*Unwiederholbaren*). Lo irrepitible no puede sino repetirse, y repetirse como lo que no se puede repetir. Esa repetición, por la que lo irrepitible es lo

irrepetible, es decir, no lo representado en la memoria sino lo inolvidado (*Unvergessen*) que toda fecha pide y vuelve a pedir al futuro, es el recuerdo. El recuerdo es la piadosa atención del olvido. Por eso es impersonal. La memoria no es una facultad del yo. Hay que exponer el yo a la intemperie de la nieve, convertirse en el mástil de la bandera blanca del dolor para recordar. Sólo aquél que se ha arrancado el corazón del pecho y lo ha sacado a la noche o ha dejado crecer en sí el duro brote del corazón (*Hartwuchs im Herzen*) hasta no ser más que corazón, dándole así un corazón a la intemperie, sólo ése recuerda. Sólo se recuerda con el corazón. El corazón (*Herz*) es el asiento de la memoria. Por eso del que recuerda se dice: *Etwas, das gehn kann, grußlos / wie Herzgewordenes, / kommt*. Aquél que se ha convertido en corazón y por eso resulta ahora irreconocible e innombrable entre los hombres, viene. Sólo ése viene. Recordar es venir. *Ich komm*, dice el que recuerda, y habla con el corazón. Pues recordar no es ir de un presente-aquí a un pasado-allá sino venir desde el futuro de un pasado-ahí. El que recuerda se espera en el pasado, pero el pasado lo espera a él en el futuro. Y el futuro no es algo que vaya a pasar, algo que esté por venir, sino la venida misma, la caída misma –la nevada ahora. Lo que se llama ahora es la instancia de un estar. Estar, *stehen*, no designa en tal caso una posición determinada –por ejemplo el estar de pie en cuanto diferente del yacer– sino la exposición de aquello que, depuesta toda posición, resiste. Estar es resistir. Lo olvidado resiste como tal en el recuerdo. El recuerdo es el hogar sin refugio de lo olvidado, la estancia de su resistencia. La resistencia de lo olvidado es su instancia en el recuerdo. La forma temporal de esa instancia está señalada por la palabra *noch* –todavía. Todavía es el tiempo de lo olvidado, el tiempo de lo perdido. Lo perdido es aquello que fue y ya no es, pero que es su fue. En tal sentido se dice: *Wir waren. Wir sind* –‘Fuimos. Somos’. La forma del todavía define a lo olvidado como resto (*Rest*). Se llama resto no a lo que aún se recuerda de aquello que se olvidó sino a lo olvidado mismo en cuanto queda, es decir, en cuanto insta ahora y resiste ahí. Lo olvidado resiste como dolor. El dolor es el ser, el que es de lo que ha sido. Como tal, el dolor no puede ser olvidado, resulta estrictamente inolvidable, pero tampoco puede simplemente recordarse, ser acordado y apaciguado en la interioridad de la casa de la memoria, sino sólo expuesto en lo que se llama la claridad del corazón (*Herzhelle*), y que es la

tienda de campaña de la intemperie, la palabra-tienda (*Zeltwort*) del recuerdo en el silencio de la nieve.

Tiefimschnee

La nieve no sólo cae sino que también se cae en ella. Uno cae, se acuesta y yace en la nieve. La nieve es un lecho, un lecho de nieve –*Schneebett*. En el lecho yace lo que ha caído –la nieve del cielo, ese hombre de sueño, aquella mujer de un tiro en la nuca. Yacer es haber sido lo que cae, y caer es dejar de ser – un copo en el aire, un hombre despierto, una mujer con vida. Pero yacer no es meramente dejar de caer, no es no ser. Yacer es todavía ser lo que ha dejado de ser y ya no es. ‘Todavía’ nombra el ser de lo que ha sido, el que es de lo que ya no es. Todavía es el tiempo de los yacentes. Son ellos, los durmientes, los muertos, los que todavía se acuestan, rezan, mendigan –*Die Toten –sie betteln noch, Franz*. Mendigar, rezar, acostarse –*betteln, beten, betten*– son palabras que yacen juntas. Su común yacer enseña que los que duermen no duermen todavía, que en su sueño todavía ruegan, mendigan el sueño. Esa mendicante oración es su vigilia, es la vigilia de los que duermen. Los que duermen vigilan con el sueño, como si el sueño vigilara en ellos. El sueño (*Schlaf*, no *Traum* –no hay sueños en el sueño) es el don de los durmientes. Los durmientes dan el sueño –*du bettest, du betest / uns frei*. Es el que duerme, eres tú que duermes, tú, que no duermes como yo, que dejaste, como todos, el yo cuando te fuiste a dormir, tú, entonces, pero no tú, lo otro en ti, quien con tu súplica y tu sueño nos conviertes a nosotros, los despiertos, en los suplicantes durmientes de la vigilia, tú quien nos despiertas al sueño y a la vida, a la vida del sueño (*Sie weckt dich zu Leben und Schlaf*). Al sueño se despierta. Caer en el sueño exige alzarse al sueño. Entonces el sueño se convierte en una vigilante atención. Es la atención del otro. Hay que velar, en efecto, por el sueño de los otros, pero ello sólo se puede durmiendo. Sólo el sueño permite pasar del otro lado, del

lado de los que duermen, del lado de lo que duerme en nosotros mismos, fuera de nosotros, y así alcanzar la puerta, el umbral de la piedad, lo que se llama la atención –*Die Pole / sind in uns, / unübersteigbar / im Wachen, / wir schlafen hinüber, vors Tor / des Erbarmens*. Nosotros, los despiertos, lo despierto en nosotros, vela; pero vela sin nosotros, pues lo despierto es en nosotros el sueño. Velamos, pues, como si pudiéramos ser nosotros sin nosotros –*als konnte wir ohne uns wir sein*–, es decir, sin la satisfacción de ninguna posición de consciencia y ninguna indeterminación de inconsciencia. Nadie puede decir ‘Duermo’. Dormir se dice ‘Duerme’ –tú, el otro, lo otro en ti. Duerme, pues no parece cierto que duermas, tu sueño tiene para los despiertos la forma de una vigilia que pide y recibe ya en ese ruego nuestra más despierta atención. La atención responde a la súplica de los durmientes repitiéndola, ella es esa misma plegaria repetida en el corazón del sueño –Tú que duermes, ¿duermes? Duerme.

Lejos de conceder algún descanso, el sueño sólo promete la caída en él. Caer es venir a yacer, pero yacer es no dejar ya de caer más. Quien cae, yace en la caída, de allí que la caída no tenga más fondo que ella misma. La caída caída en la caída, sólo esto es yacer. Por eso se dice: *wir fallen, / wir fallen und liegen und fallen. // Und fallen*.

El lecho de la caída, el lecho de la nieve, es lo que se llama lo blanco. Lo blanco (*Weiß*) no es la blancura (*Weißer*). La blancura es a la vez substancia y atributo, pero lo blanco no subyace ni soporta, no se adjunta ni se atribuye a nada. Lo blanco, se ha dicho, es lo que está en el fondo de lo que no tiene fondo. No es posible caer por debajo de lo blanco porque lo blanco está en el fondo. En lo blanco sólo se puede yacer. Pero no es posible dejar de caer en lo blanco porque lo blanco está más allá de toda profundidad, es la demasía de lo que no se basta a sí mismo –*Schnee. Und mehr noch des Weißer*. En lo blanco sólo se puede caer. Caer y yacer resultan ahí indiscernibles. A tal caer-yacer como relación con el fondo-sin-fondo se lo llama el hundimiento. Hundirse es tocar el fondo de lo que no tiene fondo. Esto es, ni irse al fondo ni abismarse en lo sin-fondo sino ir-en-el-fondo –*zur-tiefe-gehn*. En la medida en que va, el hundimiento ahonda lo hondo (*vertieft uns die Tiefe*), pero de ese modo yace en lo hondo, hace de lo hondo, del ahondamiento de

lo hondo, su casa y de sí mismo una habitación –habita el hundimiento. El hundimiento va en lo hondo con la palabra. Es la palabra la que hundiéndose en el blanco para siempre impuro del silencio deja oír la resistencia sin palabra de lo que yace en el fondo –*Tiefimschnee, / Iefimnee, / I-i-e*.

Las palabras, el cuerpo de las palabras, no se hunden sin que el fondo se levante. Si caer no tiene fin, en todos los sentidos de la expresión, es decir, si no termina y no tiene destino, si es precisamente el testimonio del destierro de todo fin y en consecuencia de todo principio, entonces caer no es distinto de volar. Pero volar (*fliegen*) es todavía liberar la caída, liberar el dolor de la caída. En el vuelo el dolor más grave, el más pesado, se levanta. El vuelo es el libre alzamiento, la libre insurrección del dolor. La insurrección no designa la mera revuelta sino la resistencia, la ascendente afirmación de la libertad del dolor. La insurrección no termina, no puede ni quiere terminar con el dolor, pero es el vuelo de su libertad –tal vez la grave, la ligera, la vana libertad de la caída que todavía se alza en cada copo.

Flocken

Lo mismo que tú, la nieve tiene su raíz en el aire –*In der Luft, da bleibt deine Wurzel, da, / in der Luft*. Lo que tiene su raíz en el aire no carece de raíz, pero su raíz se afirma en el desarraigo. Afirmarse, tenerse en el desarraigo es el modo de estar de la nieve. La nieve cae desde ninguna parte, pero siempre ahora y por doquier ahí, haciendo de ese ahí ninguna parte y de cualquier parte el ahí único de su caída. De los copos puede decirse que han sido arrojados, abandonados por doquier ahí (*Umhergeworfenheit*), de modo que ese ahí no constituye para ellos un destino, es decir, el culminante sentido de su origen, sino precisamente el lugar cualquiera de su desarraigo. Los copos no caen más que a su destierro, ellos son los desterrados (*Verbannten*). Por eso andan perdidos (*verloren*), dispersos (*verstreuten*) en el aire, abrasados en la llaga de la intemperie. Ellos, los

desterrados, son asimismo los abrasados (*Verbrannten*), los copos negros (*Schwarze Flocken*) que han ardido en su candente blanco hasta la ceniza, hasta menos que la ceniza, los que han sido aniquilados (*vernichtet*), reducidos a la nada más vana, a la pura vanidad de su caída. Pero en cuanto los copos no vienen de ninguna parte a su destierro sino que caen en él de modo que él es esta misma caída, el destierro es la patria, el hogar de los copos. Los copos no sólo están desterrados sino que, en cuanto ellos son los desterrados, es decir, los que tienen su raíz en el aire, habitan el destierro, o mejor, vuelven y tienen que volver, piden ser devueltos cada vez al destierro como a su único hogar –*heimgekehrt in / den unheimlichen Bannstrahl*. Sólo así ninguna parte es ahí, y ahí, el hogar de la caída. La nieve cae, no hace más que caer. Ella se demora en la caída, se demora hasta hacer de la caída su morada, de hacer su morada en la caída, que no cae. Por eso la nieve cae sin caer. En ella la caída se confunde con el vuelo. Los copos caen, en cierto modo, hacia arriba. Es su particular locura. No es que no sean pesados, es que su peso resulta imponderable para la balanza del mundo. Son demasiado pesados para ser pesados y demasiado ligeros para ser ligeros –*die zu leigt, die zu schwer, die zu leigt*. Lo que se llama su peso, ese peso que sólo pesa en el corazón y sólo el corazón pesa, es el dolor. El dolor, el peso insoportable de la nieve en el corazón, es sin embargo lo más ligero de soportar, lo que pide ser llevado y se lleva siempre sin abatimiento. La ligereza es la dulzura del dolor. Por eso uno mismo tiene que volverse más pesado, más duro, para poder soportar el peso del dolor, y sin embargo pesado hasta el punto de la más extrema ligereza, de modo de no retener, no gravar el dolor con la pesadumbre sino liberar el vuelo que insta en su peso, para que todo, aun lo más pesado, aun el peso mismo, no sea más que vuelo –*Alles, / das Schwerste noch, war / flügge, nichts / hielt zurück*. Lo que entonces vuela es lo que queda sin caer en la caída, esto es, el vacío de la caída misma. Ese resto es tal vez lo que se llama tú, es decir, lo que queda de ti que te has ido. Por eso el encuentro se presenta como una caída mutua –*Getrennt, / fall ich dir zu, fällst / du mir zu, einander / entfallen*. La caída, que separa y dispersa, se convierte ahora en ocasión de un encuentro. El encuentro, el uno-en-otro, el uno-con-otro de la caída, es el encuentro de una separación, el encuentro de la separación como tal. El encuentro es el hospitalario hogar de la caída.

Schneebewirtung

El otro –el desterrado, el olvidado, el muerto– es el mendigo. La mendicidad es la plegaria de los muertos, que no piden nada –*Die Toten –sie betteln noch, Franz*. Por eso la limosna es tan sólo la atención y el recibimiento de la plegaria, es esa misma plegaria repetida, recordada en el corazón. Lo que se da al otro es lo que el otro da, el don del otro –*du bettest, du betest / uns frei*. El don da antes de dar cualquier cosa, por eso tiene la forma de un recibimiento. Es el recibimiento del don de dar. El don no da propiamente nada, lo que da tiene que ser nada para que sea un don, tiene que ser tal que impida cualquier apropiación y resulte, en consecuencia, estrictamente inapropiado. Así es la nieve. La nieve es, ya que no el objeto, tal vez la materia del don –*Die Hand voll schnee, bin ich zu dir gegangen*. La nieve es el pan, el lecho y la palabra que se da a los muertos. *Du darfst mich getrost / mit Schnee bewirten*. *Bewirten* significa recibir al que llega con casa y comida, hospedar la llegada mendicante del otro. *Bewirtung* es la hospitalidad. Es la hospitalidad de la nieve. La nieve hospeda en la intemperie, pues para los desterrados, los olvidados y los muertos no hay otro hogar que la intemperie, pero de ese modo es la intemperie misma la que encuentra hospitalidad en ella. La nieve es el hogar de la intemperie. En el hogar se recoge la dispersión, se comparte el apartamento, se está en familiaridad con lo extraño. El hogar es el lugar de un encuentro. En él se encuentran los que están perdidos. Sólo los que se han perdido pueden verdaderamente encontrarse. Los perdidos no obtienen nada, no ganan nada con el encuentro, por eso en el encuentro ellos no pierden su pérdida. El encuentro es la ganancia de una pérdida. Ir-al-encuentro quiere decir confiarse arriesgadamente a la intemperie en fidelidad a la pérdida. Esa confiada y arriesgada fidelidad es el consuelo (*Trost*). El consuelo no es aquello con lo que uno se conforma sino eso a lo que uno se confía –*ich verliere dich an dich, das / ist mein Schneetrost*. El consuelo de nieve es aquél que no consuela de nada, que

justamente dice que para la pérdida no hay consuelo, que ella es lo inconsolable; pero también es aquél que en fidelidad a la pérdida solamente se confía a la intemperie de la nieve, a la nieve, que es el don del encuentro.

Schneegespräch

La nieve es el don del otro. El don es don de lo que no se puede recibir –el pan del muerto, el sueño del durmiente, el hogar del desterrado– y recibimiento de lo que no se puede dar –la vida de la muerte, el despertar del sueño, la libertad del destierro. Lo que se da no sólo está perdido para el recibimiento sino que se recibe como lo perdido para el poder de dar. El don es don de lo perdido. Lo perdido es el don de nieve de la palabra. La palabra se da en la conversación. El don de la palabra es lo que se llama *Schneegespräch* –una conversación de nieve.

La conversación no es un intercambio de palabras. Conversar es hablar con lo perdido. En la conversación sólo habla la pérdida. La pérdida es la expiración del habla. El habla es en la conversación un soplo (*Wehen*). Es el soplo del dolor (*Weh*). El dolor no es lo que el soplo dice sino la materia del decir, la nieve de la palabra. Si el habla dice el dolor es porque se dispersa y se deshace balbuceando en la nieve. El balbuceo es el aliento contrarrítmico del dolor. El dolor habla en la conversación porque la conversación es el encuentro con la pérdida del otro, es decir, con el otro, que no tiene otro ser que la pérdida. Si se admite llamar a esa pérdida la caída, si, como se dice, aquello que perdí se me cayó de la mano un día inconmensurable con el tiempo del calendario, entonces hay que decir que en la conversación, en el encuentro con lo perdido, yo vengo a caer en la caída del otro y el otro asciende a su caída en mí. La conversación es esta mutua caída de la palabra, el encuentro mutuo de la palabra en medio, en el medio de la caída. Ese medio (*Mitte*) constituye lo que se llama lo Mismo (*das Selbe*). Lo Mismo es el hospitalario recogimiento de las palabras en la conversación, algo así como el *con-*,

el *cum-* de su mutua caída. Las palabras caen en el medio que es el Mismo para todas. Pero lo Mismo no es la mediación. En el medio, que por algo también se llama el vacío, la nada o lo blanco y en el que hay que reconocer el lugar de la nieve, todo aquello que podía oficiar de mediación en la conversación, es decir, en una sola palabra, el mundo, se ha hundido, y la palabra está sola y desnuda en la nieve, hasta el punto de confundirse con la desnudez y la soledad de la nieve. Lo Mismo recoge las palabras en el medio absolviéndose de él, absolviéndose aun de esa absolución, de modo tal que en el medio las palabras no sólo están abandonadas sino también abandonadas del abandono, absueltas ellas mismas para una común soledad, una caída o un vuelo que queda sin nombre tal vez porque es el nombre de lo que queda –*Das / Selbe / hat uns / verloren, das / Selbe / hat uns / vergessen, das / Selbe / hat uns*–. Lo Mismo es pues aquello que, absolviéndose de sí mismo, nos absuelve a unos y a otros al encuentro con lo otro de nosotros mismos, es decir, a la conversación. La conversación no empieza en mí, *Ich*. Al contrario, soy yo el que viene a ella y, en ella, a mí. Cuando hablo, hablo porque me hablas, aunque hables con la palabra muda de los muertos. Es a esa palabra tuya que ya habla en mí a la que me dirijo cuando te hablo. Nadie dirá que lo mismo sucede contigo, si es que se acepta llamar Tú, *Du*, a aquél que no dice ‘Yo’. En tal caso Tú se llama Pero-Tú –*Aber-Du*. El Pero advierte ante todo que tú no es igual que yo, que tú y yo no son equivalentes e intercambiables en la conversación. Pero dice que toda conversación es al mismo tiempo adversación. En la conversación, tú viene al encuentro como aquél que se vuelve hacia otro lado, de modo que yo no lo encuentra, no conversa con él si no le habla a ese apartamiento, es decir, si no habla en el apartamiento de hablar. Empero, Pero tiene asimismo el valor de una intensificación, como cuando se dice ‘¡Pero sí!’ Pero designa la intensidad absoluta de la afirmación elevada contra todas las negaciones. No hay peros ante el Pero. Pero es el a-pesar-de-todo de tú, la resistencia de tú en el habla y como habla. Tú resiste al enmudecimiento que es la rendición de la palabra, pero también a la palabra impostada que sin hablar tematiza y juzga, precisamente en cuanto Pero. Pero es el nombre de lo otro en ti, el tú de ti, ése a quien nombro cuando digo ‘Tú’. Cuando digo ‘Tú’ llamo a Nadie en ti –*O einer, o keiner, o niemand, o du*. Nadie es tal vez Dios, es decir, el nombre, el no-nombre o el pero-

nombre de Dios. Dios sería entonces el Pero mismo: lo que queda de Dios, el todavía de Dios tras el abandono y en el ya-no de Dios. Precisamente por eso, porque Dios es ahora el Desaltísimo (*Enthöhte*), no sólo no hay nada sagrado en el mundo sino que nada en el mundo, ni siquiera o ante todo el dolor, puede ser sacralizado. El dolor es solamente el dolor. Como tal sopla, sopla y florece en las palabras que a Nadie diriges en tus conversaciones de nieve.

Singbarer Rest

El lugar de la nieve es el poema; pero la nieve es el lugar en el que el poema viene a tener lugar. El poema tiene lugar como escritura. La escritura es la experiencia del poema –de la nieve en el poema y del poema de la nieve. La nieve es el blanco escrito separadamente (*auseinandergeschrieben*) del poema. Ella es el afuera del poema en el poema –el afuera al que el poema viene con la escritura y que viene en la escritura como la intimidad del afuera. La escritura irrumpe y se abre paso en la nieve que se cierra al modo del silencio de la palabra. Toda palabra es en la escritura una palabra ensilenciada (*erschwiegene*), una palabra de silencio, la palabra del silencio. El silencio es la palabra de la nieve. La nieve es llamada *der Schnee des Verschwiegenen* –la nieve de lo callado, la nieve de lo ensilenciado. En ella, en efecto, la palabra se hunde y enmudece. Ella es el lugar del enmudecimiento de la palabra. Pero no lo es sin ser por eso mismo el lugar de la exposición de ese hundimiento, la palabra de ese enmudecimiento. *Schneefall, dichter und dichter*. Cada vez más densa, más cerrada, más impenetrable, la nevada escribe el lugar de la escritura; ella llama a la escritura a escribir ahí. La escritura viene a abrirse paso en la nieve inescrita, escrita como inescrita, no escribiendo otra cosa que este silencioso abrirse paso en el silencio –*der Umriß / dessen, der durch / die Sichelschrift lautlos hindurchbrach, / abseits, am Schneeort*. *Umriß* es la silueta del *Dichter*, el poeta, perfilándose en la nieve. Pero lo que con

ella se perfila ahí es el contorno del desgarrar –*Um-riß*. La escritura es la irrupción desgarradora, es decir, el trazo (*Aufriß*) en el que la nieve, desgarrándose, se expone en su cerrado que es. Si el trazo es callado (*lautlos*), discreto, como apartado de sí mismo (*abseits*), es porque se abre paso en la nieve como el desgarramiento del silencio. Ese desgarramiento es lo que se llama el dolor. Escribir es llevar la palabra al silencio para que el silencio exponga su dolor. Aun a riesgo de hundirse y enmudecer ahí. El trazo es ese riesgo –esa experiencia. El trazo abre el fondo trazando su borde, de modo tal que el fondo se abre en el trazo, asciende hasta el borde, al tiempo que el trazo se hunde en él. Al hundimiento de la palabra en el mutismo del dolor por el que el dolor llega a la palabra y se convierte en el dolor de la palabra misma se lo llama el balbuceo –*Tiefimschnee, / Iefimnee, / I-i-e*. En el balbuceo la palabra no calla: habla. El balbuceo es el habla del poema, el Pero en el que todavía el poema habla (‘¡Pero el poema habla!’). En el balbuceo el poema experimenta la imposibilidad de hablar en el habla, experimenta el desgarramiento del habla. Tal es el saber del poema –*Dein Gesang, was weiß er?* El poema sabe el dolor. El color del dolor es el color de la nieve –*Dort: ein Gefühl, / vom Eiswind herübergeweht, / das sein tauben–, sein schnee– / farbenes Fahnentuch festmacht*. La nieve no sólo es blanca: ella es lo blanco. Lo que se llama lo blanco, *Weiß*, es el color del dolor del saber. El saber no sabe del dolor sino porque el dolor sabe en él. Lo blanco sabe –*das Weiß weiß*. En cuanto sabe, el poema habla desde el fondo lacerado del dolor –*aus der Tiefe geschunden*. En él todas las palabras, todos los nombres se han abrasado juntos (*Alle die Namen, alle die mit- / verbrannten / Namen*), se han consumido hasta una candente ceniza que ya no nombra nada y que tampoco puede nombrarse, un resto que no es ya ni nombre ni cosa sino tal vez el trazo que los reúne a ambos en su mutuo desgarramiento –*kein Wort, kein Ding, / und beider einziger Name*. Y es también ese trazo, quizá, el que los expone así reunidos en aquella claridad que, se dice, nadie necesita nombrar ni llorar –*ins Abermals-Helle, das niemand / zu weinen braucht noch zu nennen*. Si el desgarramiento ya no necesita ser llorado no es porque se cierre y sane en la claridad, al contrario, él se abre y se ilumina ahí en cuanto imposible de cicatrizar. La claridad (*Helle*) es la claridad del desgarramiento abierto en el todavía y siempre todavía de su dolor. *Abermals*, otra vez, es la vez siempre

otra de aquella única vez que es la vez del otro, de ti, tú. *Abermals* dice el tiempo del *Aber* de *Du*, el *Du* en su *Aber*. Por eso la claridad está referida al futuro, porque el futuro no es otra cosa que la claridad del pasado, el pero-todavía de lo que no acaba de pasar —*Hinauf und Zurück / in die herzhelle Zukunft*. Al futuro se vuelve, se asciende de regreso con el corazón. Es el corazón (*Herz*), es decir el recuerdo, o más bien el inolvido, el que libera el pasado en la claridad del futuro como otra vez y pero. Lo que se llama el nombre es precisamente el aviso, la inscripción no de algo que simplemente pasó ni de algo que simplemente está por pasar sino de aquello que ya siempre todavía pasa ahí —*Entmündigte Lippe, welde, / das etwas geschieht, noch immer, / unweit von dir*. El nombre constituye el nudo de lo que se llama la tienda. La tienda (*Zelt*) es la casa de lo que tiene su raíz en el aire: la intemperie convertida en casa. La casa de la intemperie es la palabra. La palabra es la única tienda. Es en ella, en la inexpugnable tienda-de-la-palabra (*Zeltwort*), que resiste el dolor. Pero la palabra, el nombre, levanta la tienda cantando, de manera que con la tienda, con la *steifzusingende Hellzelt*, el nombre mismo se alza hasta el canto. No hay en ello ninguna exaltación, ningún éxtasis. Es la imposibilidad de hablar —el desgarramiento de la palabra, la presión o la disgregación de la sintaxis, el abrasamiento del sentido— lo que se hace canto. Una voz velada (*Fahlstimme*), algo así como el sonido de la oclusión de la laringe (*der Kehlkopfverschlusßlaut*), canta. Aquello que la voz canta es lo cantable. Lo cantable, sin embargo, es lo que todavía queda por cantar en el canto. Lo que queda por cantar es lo que no se canta, pero el canto sólo canta eso. Es lo que se llama resto cantable —*Singbarer Rest*. Se llama resto a lo que queda cuando no queda nada. Resto es el todavía o el pero de nada. Por eso el canto canta en último término, empieza recién cuando todo ha llegado a su fin, comienza con el fin de todo. El canto no tiene otra fuente que la aniquilación. Pero si la aniquilación está en el comienzo, en el comienzo está también el resto. El resto es aquello que desde el comienzo queda como lo que la aniquilación, que lo aniquila todo, no puede aniquilar. Ello no significa que el resto sea algo, pero tampoco que no sea nada. El resto es lo que queda —aquí, lo que queda por cantar. El canto que canta lo que queda es el canto de la poesía, es la lírica. La poesía canta en el lugar de la nieve. La nieve es el lugar de la aniquilación y de lo que queda tras ella, por ella, en ella y

a pesar de ella. Por eso la poesía viene al lugar de la nieve. No viene a hacer el lamento de la aniquilación, la elegía de lo aniquilado; viene a cantar lo que queda, lo que todavía y para siempre queda por cantar: el resto inusurpable del dolor. Ella lo llama *Singbarer Rest*.

SERGIO CUETO (Rosario, 1960) es profesor de literaturas europeas en la Facultad de Humanidades y Artes. Ha publicado, entre otros libros, *Seis estudios girrianos*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1993; *John Donne: Poesía sacra*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1996 (Versión y estudio); *Versiones del humor*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1999; *Tres estudios (Dante-Baudelaire-Eliot)*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2001; *Otras versiones del humor*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2008; *Kafka. Una construcción*, Rosario, Serapis, 2009; *Cinco retratos*, Córdoba, Editorial de la Municipalidad, 2010.